



“Sujetos receptores de la acción”

p. 119-148

Víctor Manuel Castillo Farreras

*La práctica social en el lenguaje de los nahuas*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

210 p.

(Cultura Náhuatl. Monografías 37)

ISBN 978-607-30-2582-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de mayo de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/711/practica\\_social.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/711/practica_social.html)

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



### III SUJETOS RECEPTORES DE LA ACCIÓN

Para el mejor entendimiento de las denominaciones dadas a los sujetos receptores de alguna acción es conveniente recordar que en los vínculos analizados en el capítulo anterior entre quienes realizan una y la misma actividad fue ésta la que justamente permitió determinar su común identidad en cuanto sujetos activos y que también fue ella por la que pudieron distinguirse mediante nombres o adjetivos sufijados unos con *-ni* y otros con *-qui*, según que la operación de cada quien estuviera en franco movimiento o plenamente concluida.

Con esto en mente podrá verse que, de manera semejante, los sujetos o agentes implicados en estas dos nuevas formas difieren por devenir una de la voz pasiva y la otra de un verbo impersonal, aunque se identifican por situarse ambas en el presente y por llevar el mismo sufijo *-ni*. Pero además de todo esto, dado que una de las formas activas ya vista en el capítulo anterior es también del tiempo presente y lleva el sufijo *-ni* para denotar al sujeto de la acción, es dable suponer que en la conformación y los significados de las derivaciones que siguen se incluyó un vínculo, tanto formal como práctico, similar al de la forma activa con *-ni*. No obstante, para probar lo supuesto será necesario analizar las propuestas que se hicieron desde el siglo XVI y con ello definir a los sujetos que fueron receptores.

#### *Derivados del pasivo en -ni*

Según fray Andrés de Olmos, entre los adjetivos que se derivan de verbos hay unos que se forman “de la tercera persona del presente del indicativo de la voz pasiva, añadiendo *-ni*”, y cuyo significado es “lo que en nuestro castellano decimos *cosa amable, venerable, o cosa digna de ser*



*amada*”, que es justamente lo que se dice con el vocablo *tlazotla-lo-ni*. Pero también aclara que estos adjetivos “no toman partícula alguna porque la pasiva de donde descienden no la recibe y tampoco se pueden juntar con los pronombres *no-*, *mo-*, *i-*, etcétera”.<sup>1</sup>

Por su parte, fray Alonso de Molina reitera que los verbales acabados en *-o-ni*, por derivar de la tercera persona de la voz pasiva tienen “significación pasiva, como en los del latín en *-bilis*”, y pone como ejemplo: “*tlazotla-lo-ni*, persona digna de ser amada o amable” agregando que “estos tales no reciben el *te-*, ni el *tla-* ni tampoco el *ne-*, ni el *no-*, *mo-*, *i-*”.<sup>2</sup>

También Antonio del Rincón consideró que estos verbales son adjetivos y que “se forman de verbos de la voz pasiva con *-ni* y significan lo que los latinos en *-bilis*, como *tlazotla-lo-ni*, *amabilis*”. Sin embargo, añade con toda claridad que “los que descienden de verbos que juntamente son reflexivos transitivos” cambian *mo-* por *ne-*, como por ejemplo:

De *nicnocuitia*, *ne-cuiti-lo-ni*, cosa digna de ser confesada.

De *nicnocuitlahuia*, *ne-cuitlahui-lo-ni*, cosa digna de que se tenga cuidado della.<sup>3</sup>

Para Horacio Carochi fueron también adjetivos verbales aquellos que “se forman añadiendo un *-ni* a la voz pasiva” y que “significan lo que en latín significan los en *-bilis* o en *-dus*”, y da como ejemplos:

De *tlazotla*, amar, *tlazotla-lo-ni*, *amabilis* o *amandus*. De *elehuia*, desear, el pasivo *elehui-lo*, ser deseado, y *elehui-lo-ni* persona o cosa deseable.

De *nequi*, querer, el pasivo *neco*, ser querido, y *nec-o-ni*, lo que es digno de quererse y desearse.

Y ampliando lo dicho por Rincón, aclara que justamente por estar formados de la voz pasiva del verbo, estos adjetivos “no toman *te-* ni *tla-* cuando el verbo es sólo transitivo y no reflexivo, ni rige dos casos”. Pero si es reflexivo toma *ne-*, como:

<sup>1</sup> Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, primera parte, cap. XI, p. 55.

<sup>2</sup> Alonso Molina, *Arte de la lengua mexicana y castellana*, primera parte, cap. I, f. 14r.

<sup>3</sup> Antonio del Rincón, *Arte mexicana*, libro III, cap. I, f. 28v.



*Ne-cuitlahui-lo-ni*, digno de que se cuide dél.

Pero agrega que si “el verbo rigiere dos casos, tomará *te-* o *tla-* con la voz pasiva” y da como ejemplos:

*Tetlapopolhuia*, borrar o perdonar algo a otro, del que sale *te-popolhui-lo-ni*, cosa o culpa que se puede o debe perdonar, pero *ni-tla-popolhui-lo-ni*, soy digno de que se me perdone algo.

*Tla-tzacualti-lo-ni* se dice de la persona digna de ser castigada, pero *te-tzacualti-lo-ni* se dice de la culpa digna del castigo.<sup>4</sup>

A su vez, para Aldama y Guevara todos estos adjetivos, por descender de la voz pasiva y acabar en *-ni*, “equivalen a los españoles en *-ble* y a los latinos en *-bilis* y en *-dus*”, y para que no quede duda alguna advierte que estos “son adjetivos porque no están solos en la oración sino que hay en ella alguna otra voz (sea nombre o pronombre) a quien se refiera su significación” puesto que, de manera concreta, “significan que el objeto a quien se refieren es digno (o sólo capaz) de que se termine en él la acción del verbo”, y da como ejemplos los siguientes:<sup>5</sup>

*Cua-lo-ni*, comestible o comible.

*Pati-lo-ni*, curable.

*Chihua-lo-ni*, factible.

*Tlazotla-lo-ni*, amable o digno de ser amado.

*Machtí-lo-ni*, doctrinable o digno de ser enseñado.

*Neltoc-o-ni*, creíble.

*Itta-lo-ni*, visible.

*Ti-ne-cuitlahui-lo-ni*, eres digno de ser cuidado.

Por su parte, Thelma D. Sullivan consideró también que los adjetivos nahuas derivados del presente de la voz pasiva y acabados en *-ni* “son análogos a los castellanos en *-able* o *-ible*” y que, como ellos, “denotan que el sujeto puede, o merece ser lo que significa el verbo”.

<sup>4</sup> Horacio Carochi, *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*, libro III, cap. II, f. 44v-45r

<sup>5</sup> Joseph Agustín de Aldama y Guevara, *Arte de la lengua mexicana*, n. 406-409.



Pero aclara que no se componen con objeto ni tienen forma posesiva, y pone como ejemplos los que siguen:<sup>6</sup>

*Tlazotla-lo-ni*, amable, digno de amor y ser amado.  
*Cua-lo-ni*, comible, digno de ser comido.  
*I-hua-ni*, bebible, digno de ser bebido.  
*Nonotza-lo-ni*, digno de ser amonestado.  
*Pia-lo-ni*, digno de aprecio, de ser guardado.  
*Izcalti-lo-ni*, digno de ser fortalecido.  
*Mahuizti-lo-ni*, digno de respeto.

Según Michel Launey, tan sólo “poniendo el pasivo al eventual [*-ni*] de un verbo transitivo, se obtiene una forma que significa: que debe ser... o puede ser... + participio pasado”, como en los ejemplos que siguen:

*Ehua-lo-ni*, que debe o puede ser proferida, elevada.  
*Ito-lo-ni*, que debe o puede ser anunciada.

No obstante, dado que para Launey “no existe en náhuatl palabras que sean específicamente adjetivos”,<sup>7</sup> asegura que a esta forma verbal “se le traducirá regularmente por un adjetivo en *-ible* o *-able*”, como en los ejemplos que siguen y “que incluyen al agente indefinido que se tiene en el pasivo”:<sup>8</sup>

*Cua-lo-ni*, es comestible.  
*I-hua-ni*, es potable.  
*Cac-o-ni*, es audible.  
*Chihua-lo-ni*, es posible, puede hacerse.

### *De los pasivos en -ni*

Por las referencias dadas desde un principio acerca de las relaciones que surgen de las tres formas de derivación verbal mencionadas queda cla-

<sup>6</sup> Thelma Dorfan Sullivan, *Compendio de la gramática náhuatl*, p. 187-188.

<sup>7</sup> Michel Launey, *Introduction à la langue et à la littérature aztèques*, lección 12, p. 108.

<sup>8</sup> *Ibidem*, lección 16, p. 156.

ro que proceden del presente del indicativo con el mismo sufijo *-ni* pero que básicamente difieren por descender, una de la voz activa y las otras de la pasiva y de verbos impersonales. No obstante, si bien es cierto que el sufijo *-ni* de los verbales activos ya tratados señala a quienes realizan una acción determinada, el *-ni* de los que ahora se presentan parece corresponder no sólo a los sujetos que por algún motivo reciben dicha acción sino a los que al mismo tiempo que la reciben la promueven de distinto modo, tal como podrá inferirse de los significados que se han propuesto para las formas pasiva e impersonal y que por ello requieren de nuevos análisis.

En primer término, sobre los verbales derivados de la voz pasiva puede decirse que por el hecho de haber sido considerados desde un principio como equivalentes de los adjetivos latinos en *-bilis* o en *-dus*, hubo acuerdo en que significan lo mismo que los españoles en *-able* o *-ible*. Y es por esto que para Aldama denotan “que el objeto al que se refieren es digno, o sólo capaz, de que se termine en él la acción del verbo”, mientras que para Sullivan, más bien expresan “que el sujeto puede o merece ser lo que significa el verbo”. Y aunque para Launey no sean propiamente adjetivos sino formas que significan aquello “que debe ser o puede ser” lo que expresa el participio pasado del verbo del que descienden, a la postre los tradujo también como adjetivos en *-ble*.

Con tales afirmaciones, y partiendo del verbo *tlazotla* utilizado como ejemplo y traducido por los autores citados, se obtiene primero, de su voz activa, el derivado verbal *te-tlazotla-ni* con los significados de “amante”, “amador” o “caritativo”, o simplemente “el que ama a otro”. Pero luego de pasar a su forma pasiva, ya como *tlazotla-lo* que denota a quien es “amado”, reaparece en el nuevo derivado *tlazotla-lo-ni* que aparentemente, sólo “por su significación pasiva”, fue para Olmos una “cosa amable y venerable” o “cosa digna de ser amada”, que es lo mismo que para Molina resultó ser tanto “amable cosa” como “persona digna de ser amada o amable”, y que es lo que Carochi dejó en latín “*amabilis* o *amandus*” pero que Aldama tradujo como “amable o digno de ser amado” y Sullivan como “amable, digno de amor y ser amado”.

Visto lo anterior, resulta por demás obvio que dado el paso de una voz verbal a otra, si el sujeto de la forma activa orienta su acción de



amar hacia determinada persona o cosa, el de la pasiva se transforma de inmediato en el objeto de esa acción y por tanto, en un ser amado. Sin embargo, tan pronto como a esta última forma se le agrega el mismo sufijo *-ni* de la activa, la identificación del sujeto implicado en esta nueva forma parece oscilar entre dos aspectos tan distintos y contrapuestos como son los del receptor (*-lo*) y del impulsor (*-ni*) de la acción de amar.

En efecto, partiendo de las propuestas generales de significación hechas por Aldama, Sullivan y Launey para los derivados de la voz pasiva, puede afirmarse que el sujeto contenido en *tlazotla-lo-ni* es ciertamente pasivo por la sencilla razón de que ocupa el lugar del objeto de la acción de amar. Pero también podría decirse lo contrario al notar que ese mismo sujeto *pudo o fue capaz* de ocupar tal lugar, aunque no con la finalidad de ser amado de inmediato sino con la de hacerse *merecedor* y *digno* de esa acción. De tal manera que al transformarse en un objeto específico y potencialmente digno de ser amado, el sujeto puede reconocerse no sólo como un ser amable o amado sino también como uno capaz de ser afectuoso, afable, cortés o sociable y, como consecuencia, digno de ser correspondido con acciones similares a las suyas.

No obstante, con el fin de encontrar nuevos datos que ayuden a la solución del problema de la aparente ambigüedad de quienes aparecen como sujetos en los derivados verbales de la voz pasiva, veamos la manera como Sahagún interpretó el mismo vocablo *tlazotlalani* aplicado en diferentes situaciones sociales a personas muy distintas entre sí. En primer término, para describir la suerte de aquellos que nacían en el signo *Ce ozomatli*, décimo primero del calendario indígena, transcribió y tradujo así el siguiente texto:

*Quilmach in aqui que uncan tlatatia cualli iyollo catca, teicnihuan, tlazotlalani, papaquini, quimocuitlahuiaya in cuicatl.*

Decían que los que en él nacían eran de buena condición, amigables, amables, regocijados, placenteros, inclinados a música.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Bernardino de Sahagún, *Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana (Códice Florentino)*, libro IV, cap. 22, f. 47v- 48r.

Si de la versión sólo pasiva del término *tlazotlalani* surgiera alguna duda acerca del sentido complaciente, deferente y cordial implícito en el proceder de los que para Sahagún eran “amables”, con la versión de los vocablos adyacentes a él se verá que la frase entera se torna activa al develarse el hecho de que, antes o al mismo tiempo de ser receptores del amor de los demás (*tlazotlalani*), eran también compañeros y amigos de la gente (*teicnihuan*), o “amigables” como lo pensó Sahagún, así como “regocijados y placenteros” o harto alegres (*papaquini*), además de ser “inclinados a la música” puesto que estaban al cuidado de los cantos (*quimocuitlahuiaya in cuicatl*), con lo cual mostraban la relación afectiva que había entre ellos y los demás miembros de la comunidad.

Sin embargo, con respecto del sentido claramente pasivo que Sahagún dio no sólo al mismo vocablo *tlazotlalani* sino a toda la información que reunió para su décimo libro sobre “las personas nobles”, llama la atención que de los atributos del *tepiltzin* diera cuenta puntual sólo de los múltiples nexos familiares que solían tener los así llamados “hidalgos” o venerables hijos de alguien, pero que de manera inesperada, con la sola mención de que los hubo “muy queridos” concluyó su propia interpretación de la parte final del texto como sigue:

*Tlazotli, tlazotlalani, neneconi, tlatlazotlalani, teyollo imecayo, aixcahualoni, axicahualoni, tlaxexelhuiloni.*

Y hay hidalgos muy queridos, delicados, regalados y servidos.<sup>10</sup>

Es claro que no puede negarse la existencia de “hidalgos muy queridos” a los que también, como agrega el franciscano, se les obsequiaba y servía por ser gente delicada. Pero no por ello debe perderse de vista que si tal cosa acontecía de este modo fue por la razón histórica de que a todo *tepiltzin* se le debía considerar como a una cosa o persona valiosa y apreciada (*tlazotli*) y por ello mismo como a una persona digna de ser amada (*tlazotlalani*), digna de ser muy querida y necesaria (*neneconi*), sumamente digna de ser amada (*tlatlazotlalani*) dado que su linaje (*ime-*

<sup>10</sup> *Ibidem*, libro X, cap. 5, f. 10v-11r.



*cayo*), que deviene del corazón y la sangre de otros (*teyollo*), no podía ni debía ser omitido ni desechado (*aixcahualoni*), ni tampoco podía ser ignorado o abandonado (*axicahualoni*), ya que era algo que debía ser compartido (*tlaxexelhuiloni*) entre todos los así llamados “hidalgos”.

No obstante, ante la distinta versión de los sentidos dados a los textos en los que destaca el mismo vocablo *tlazotlalani*, es preciso aclarar que el hecho de que Sahagún y sus informantes hayan puesto a los nacidos en *Ce ozomatli* más bien como promotores de afectos mientras que al *tepilltzin* lo consideraron sólo como receptor de los mismos, no significa que aquéllos no los hayan recibido y que éste no los haya producido. Por lo contrario, aparte del regocijo, la amistad y la dedicación a la música y el canto por parte de los primeros, tan sólo por el sentido de *tlazotlalani* resultaban ser dignos del afecto de los demás, mientras que el *tepilltzin*, por la misma razón de aquel vocablo, debía demostrar de manera práctica y objetiva su amor por la gente con el fin de merecer y aun de acrecentar el supuesto valor que por su linaje tenía.

En suma, las dos formas en las que puede presentarse el sujeto de *tlazotlalani*, una pasiva y la otra activa, aunque constituyen extremos contrapuestos, son aspectos de una y la misma expresión que se relacionan y condicionan de manera recíproca y, por tanto, el hecho de que el sujeto pueda aparecer no sólo como receptor de afectos sino como impulsor de los mismos depende ciertamente del lugar que ocupa como objeto, pero también de la razón social que lo llevó a convertirse en tal cosa, es decir, ya sea como el que recibe amor por haberlo promovido o como el que lo ofrece con la pretensión de llegar a merecerlo.

Pero si lo dicho es correcto, los sujetos implicados en cualquiera de las demás formas derivadas de la voz pasiva en *-ni* deberán ser igualmente capaces de convertirse en objetos de alguna acción determinada y de lograr con ello ser merecedores de la misma. Para ilustrar la posibilidad de lo propuesto veamos, como un primer ejemplo, lo que Sahagún transcribió y tradujo acerca de la relación que los sobrinos o sobrinas guardaban, en tanto que *machtli* frente al tío y en tanto que *pilotl* frente a la tía:

*Tepilo, pilotl, notzaloni, machtiloni, cuahuitl, tetl, atl cecec, tzitzicaztli toctiloni.*



El sobrino tiene necesidad de ser doctrinado, enseñado, castigado y azotado.<sup>11</sup>

Con el fin de captar mejor los sentidos del texto en náhuatl y de la versión dada por Sahagún es preciso tomar en cuenta que, según se dice en párrafos alternos de este mismo capítulo, los sobrinos en orfandad solían quedar al cuidado de alguno de sus tíos. Sólo así se entiende que el *pilotl* mencionado tuviera “necesidad” de ser informado (*notzalani*) y enseñado (*machtiloni*), lo cual presupone que por ser consciente de sus carencias él mismo se convierte en objeto de los cuidados de su tía con el fin de aprovechar lo que ella le informa y enseña. Pero dado el carácter reacio del muchacho es su propia actitud negativa la que lo hace digno de ser corregido (*toctiloni*) por su misma tía, quien entonces se dispone a “castigarlo” mediante el palo y la piedra (*cuahuatl, tetl*) y “azotarlo” mediante el agua helada y la ortiga (*atl cecec, tzizicaztli*).

Y respecto de las mismas formas verbales de la voz pasiva en *-ni* pero que no expresan una relación directa entre personas sino entre estas y las cosas de su entorno natural y social, veamos ahora los verbales que se refieren al uso y la valoración de los objetos y medios que fueron necesarios tanto para el sustento personal como para la práctica de los individuos. Descritos de tal manera ocurren primero, entre muchos otros ejemplos, las expresiones “*in cualoni, in ihuani*”, que desde el siglo XVI quedaron determinadas, una como aquello que es “comible, comestible o digno de ser comido”, sea esto el bastimento, un manjar o alguna cosa comedera, y la otra como lo que es “bebible, potable o digno de ser bebido”.

Fue así que bajo el rubro “*in ixquich cualoni*”, es decir, de todo lo que puede ser comido, Sahagún se refirió a los “mantenimientos” que, como el maíz seco y desgranado, el frijol, la chíca, el huauhtli, la sal, el chile y las semillas de calabaza, se guardaban oficialmente en grandes silos o en simples cántaros o fardos de petate en espera de su eventual consumo por la población.<sup>12</sup> Y por añadidura, considerando el mismo rubro pero dentro del proceso de intercambio individual o del *tianquiztli*,

<sup>11</sup> *Ibidem*, libro X, cap. 1, f. 3v.

<sup>12</sup> *Ibidem*, libro VIII, cap. 14, párr. 5, f. 28v.



puede verse cómo el número de “las cosas de comer” crece y se multiplica al agregar Sahagún las muchas variedades de maíz, frijol, huauhtli y chía, así como las de frutas y de “yerbas de comer”, además de los alimentos ya preparados, como los “xilotes y elotes cocidos” y “todas las maneras de pan que se usa”, tales como los tamales y las tortillas de diferentes sabores, formas y tamaños.<sup>13</sup>

Las abundantes referencias que Sahagún hizo a partir de estos verbales, pero ante todo del de *cualoni*, no sólo son la consecuencia lógica del estudio que emprendió sobre el pasado inmediato de sus contemporáneos nahuas novohispanos por medio de su célebre “red barredera para sacar a luz todos los vocablos desta [su] lengua”,<sup>14</sup> sino que constituyen la identificación concreta de una gran diversidad de objetos que, en virtud de su previa relación con la práctica social, fueron capaces tanto de *promover* su propio consumo al estimular en los individuos la percepción del atractivo creado natural o socialmente en cada uno, como de *convertirse* en la condición necesaria y suficiente para el mantenimiento o el disfrute humanos.

En suma, si por la práctica específica del individuo ya ha sido confirmada la esencia social de un objeto, el mismo objeto se torna en condición necesaria para los sujetos de esa actividad y en consecuencia, resulta obvio que la diversa cualidad atribuida a cada uno de los objetos por la correspondiente práctica social no sólo implica la necesidad específica que entraña su consumo sino los modos específicos de consumirlos, tal como puede verse en las siguientes relaciones dadas entre las personas y los objetos no sólo de su consumo individual sino de su práctica social.

Para comenzar, veamos cómo a las muchas variedades de hongos reconocidos en lo general como *nanacatl* corresponden distintos modos de consumo según la cualidad social de cada uno de ellos y la de quien los requiere para un fin determinado. Es este el caso del llamado *teonanacatl*, un hongo divino que se genera entre los pelos de zacate por los llanos o páramos, y del que se describen no sólo los efectos negativos o positivos que causaban en la gente sino lo que se hacía para controlarlos:

<sup>13</sup> *Ibidem*, libro VIII, cap. 19, f. 49r-50r.

<sup>14</sup> *Ibidem*, “Prólogo”, f. 1v.

*Chichicacococ, tozacacococ, teihuinti, teyollo malacacho, tetlapololti: atonahuiztli, coacihuiztli ipayo, zan ontetl etetl in cualoni [...] in aquin miec quicua miec tlamantli quitta, temamauhti anozo tehuetzquiti, choloa, momecania, motepexihuia, tzatzi, momauhtia, inic quicua necutli ipan.*<sup>15</sup>

Según el texto, el *teonanacatl* es de sabor quemante y amargo como la hiel y que por ello daña la garganta, que embriaga a la gente, que trastorna el corazón de la gente y la hace desatinar. Asimismo, que es remedio para la fiebre y la gota, “pero que sólo dos o tres de estos hongos pueden y deben comerse [...] puesto que aquel que come muchos ve muchas cosas que causan un gran temor a las personas o que les provocan risa: huyen, se cuelgan, se despeñan, dan gritos y se atemorizan desde el momento en que los comen cubiertos con miel”.

De diferentes propiedades y relativamente menos dañinos o peligrosos que el *teonanacatl*, los demás hongos registrados por Sahagún fueron considerados comestibles o, como él dice, “buenos de comer” pero sólo después de haberles incorporado alguna otra acción humana, como se explica en los siguientes casos.

*Cuauhtla nanacatl: amo xoxouhcacualoni, huel icucini, huel pati: in cualo in zan xoxouhqui ihuan in amo huel icucic teizotlalti, teapitzalti, teami, micoani.*<sup>16</sup>

Queda claro que bajo su forma natural, los hongos de los bosques “no son comestibles crudos”, pero que pueden y deben ser sazonados y curados o regenerados pues comidos así de crudos y no bien guisados provocan en la gente vómitos, cámaras y diarreas que resultan mortales.

Y así como los llamados hongos del bosque, también los que son como cabezas (*tzontecomananacatl*), los que se dividen o ramifican (*xelhuaznanacatl*) y los que son como escudos (*chimalnanacatl*), deben quedar bien cocidos y curados antes de comerlos. Sin embargo, independientemente de presentar todos ellos las mismas condiciones para ser comestibles, la descripción de sus propiedades varía en cada caso. Entre los ejemplos de estos últimos está el llamado *menanacatl* del que se

<sup>15</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 7, párr. 1, f. 130v-131r.

<sup>16</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 7, párr. 2, f. 132r.



describen con mayor precisión tanto los modos como los medios adecuados para comerlo:

*Menanacatl: yahualtic, iztac, atzcalteuhca, amo iyollo tlapalihui, iciuhca icucini, patini, ixconi, comalco ixconi, cualoni, huelic, ahuiac.*<sup>17</sup>

Esto es, que el hongo del maguey es como un disco o redondel blanco, semejante a una ostra, y que en virtud de que su meollo no es recio “resulta ser fácilmente sazonado, curado o asado, y que asado en comal no sólo puede comerse” sino que es sabroso y de buen gusto. Asimismo, del hongo del zacate o *zacananacatl* se dice que es parecido a las verduras, que puede comerse y que es sabroso. Y finalmente, del *cuauhnanacatl*, cuyo origen está junto a los árboles, vuelve a señalarse que tanto éste como los demás hongos, “no pueden ni deben comerse crudos, sino cocidos o asados”.

Con lo dicho sobre los hongos quedan al descubierto los medios y modos más comúnmente utilizados para el consumo individual de cualquier otro recurso. Es esto lo que se observa en la descripción del *nopalli* cuando se dice que es comestible, dado que las pencas que lo conforman pueden comerse crudas o cocidas.<sup>18</sup> Y respecto de los dos tubérculos semejantes, el *cuauhcamotli*, guacamote, yuca o mandioca dulce, y el *camotli* o camote, se dice del primero que su raíz blanca y alargada es comestible y que puede ser cocida y machacada,<sup>19</sup> mientras que de la raíz gruesa y como bola del conocido como camote se afirma que puede ser comida cruda, cocida o asada en el rescoldo.<sup>20</sup>

Pero también de los siguientes “animalejos” que viven en el agua y que fueron considerados claramente comestibles por Sahagún en su libro XI,<sup>21</sup> se dice que el *atepocatl* o renacuajo es suave y de buen sabor, pero que sólo puede ser comido por personas señaladas por la suerte de su nacimiento (*tetonal*), razón por la que el franciscano agregó: “comenlos en esta tierra la gente baja”, sin tomar en cuenta que en su libro VIII

<sup>17</sup> *Idem.*

<sup>18</sup> Sahagún, *Manuscrito...*, libro XI, cap. 6, párr. 8, f. 126r.

<sup>19</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 6, párr. 7, f. 125v y párr. 9, f. 127v.

<sup>20</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 6, párr. 9, f. 127v-128r.

<sup>21</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 3, párr. 5, f. 67r-68r.

había dicho que el guisado mucho muy picante de renacuajos con *chil-tecpin* era comida propia de los *tlatoque* o “señores”.<sup>22</sup>

De igual modo, en el mismo libro XI se dice de la rana o *cueyatl* que puede ser desollada y comida, mientras que en el libro VIII aparece ya transformada en el guisado hecho de ranas con chile verde que es propio de los “señores”. Y acerca del ajolote o *axolotl* se asegura que su carne es exquisita, que es suave y olorosa para quien la come, pero que es sólo para algunos (*tetonal*) puesto que, añade Sahagún, “es comida de los señores”, tal como lo fue también el guisado de ajolotes con chile amarillo que mencionó en el libro VIII.

Y por lo que toca a la cualidad social de los múltiples objetos que llegaron a ser condición para otras tantas formas de la práctica productiva o reiterativa, veamos ahora lo que los informantes de Sahagún dijeron en tres párrafos de un mismo capítulo acerca de los árboles en general y su relación específica con el trabajo humano:

*Cuahuitl itoca in xoxohuixticac: huapahualoni, aquiloni, tlalhuiloni... cuahuitl itoca in toconi in aquiloni.*<sup>23</sup>

Es decir, que por el nombre *cuahuitl* se entiende el árbol tierno y verde que está de pie, el cual requiere ser fortalecido, trasplantado como estaca y que debe ser alomado o aporcado. Pero también es el nombre de todo árbol que pueda ser sembrado o plantado.

*Cuahuitl itoca in cuahuatzalli, in icac, in anozo huetztoc, tepozhuiloni, tzonteconi, tzotzonteconi, tlapanoni, tlatlapanoni, tzayanoni, tzatzayanoni [...] itech quiza in huepantli, huel teconi.*<sup>24</sup>

Asimismo, con el nombre *cuahuitl* se refieren al árbol enjuto o seco, esté de pie o ya caído, que puede ser cortado con el hacha metálica, desmochado o cortado en pedazos, que puede ser partido o despedazado, que puede ser hendido una o varias veces, ya que de él salen tablas que bien pueden ser cortadas.

<sup>22</sup> *Ibidem*, libro VIII, cap. 13, f. 23r.

<sup>23</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 6, párr. 3, f. 116r.

<sup>24</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 6, párr. 5, f. 118v.



*Cuahuitl toconi, pixoloni, pacholoni, tlapacholteconi, aquiloni, tlalaquiloni.*<sup>25</sup>

Por último y como regla general, el texto refiere que cualquier árbol puede ser sembrado, ya sea que esto se haga al voleo o hundiendo su semilla en la tierra, y que puede ser colocado y cubierto de tierra, pero que también puede ser trasplantado y encajado en la tierra.

### *Derivados del impersonal en -ni*

Según Olmos, entre los verbales sustantivos acabados en *-ni* hay otros cuya formación es también del presente del indicativo pero que salen de los verbos impersonales, a los que se añade *-ni* y que “significan el instrumento con que se ejercita la operación del verbo”. Asimismo, advierte que todos “éstos no pueden estar sin una destas tres partículas, *tla-*, *te-*, *ne-*”, pero que “no se pueden juntar con los pronombres *no-*, *mo-*, *i-*”, tal y como en los ejemplos que propone:

*Tla-tec-o-ni*, hacha o instrumento para cortar.

*Te-machti-lo*, todos enseñan, *te-machti-lo-ni*, aquello con que enseñan.<sup>26</sup>

También Molina, luego de hablar sobre los verbales del presente de la voz pasiva en *-ni*, agrega que “algunos de los acabados en *-o-ni* significan el instrumento con que se hace alguna cosa de lo que significa el verbo del cual desciende y entonces, puede recibir el *te-* o el *tla-* y también el *ne-*”, aunque sólo da como ejemplo:

*Tla-tec-o-ni*, hacha o instrumento para cortar alguna cosa.<sup>27</sup>

De manera similar, Antonio del Rincón refiere que si a uno de los verbales del presente de la voz pasiva “se le pone alguna de las partículas *te-*, *tla-* o *ne-*, se hace nombre sustantivo y significa instrumento con

<sup>25</sup> *Ibidem*, libro XI, cap. 6, párr. 6, f. 120r.

<sup>26</sup> Olmos, *Arte para aprender...*, primera parte, cap. IX, p. 44-45.

<sup>27</sup> Molina, *Arte...*, primera parte, cap. I, f. 14r-v.



que se hace la acción del verbo, como por ejemplo, *te-tlazotla-lo-ni*, instrumento de amar”.<sup>28</sup>

Pero además de los nombres verbales de la voz pasiva con alguno de los prefijos objeto, agrega Rincón que “también significan instrumento los del presente de los impersonales que se forman de verbos intransitivos, aunque no tengan partículas”, por ejemplo:

*Mic-oa-ni*, instrumento de morir o para matar.

*Cochi-hua-ni*, instrumento de dormir.

También Carochi observó que dado que los verbales adjetivos de la voz pasiva en *-ni* toman alguno de los prefijos objeto, “no quedan adjetivos pasivos, sino substantivos, y significan instrumento con que se hace la acción del verbo”, y explica el proceso de su formación con los ejemplos que siguen.

De *tequi*, cortar, su pasivo *tec-o*, ser cortado, su adjetivo *tec-o-ni*, que se debe cortar, pero *tla-tec-o-ni*, el instrumento para cortar, como el cuchillo o el hacha.

De *huitequi*, azotar, [su pasivo *huitec-o*], *huitec-o-ni*, digno de ser azotado, pero *te-huitec-o-ni*, el instrumento para azotar y dar de palos.<sup>29</sup>

De manera más específica, dice Carochi que si el verbo rige dos casos, a su verbal en *-o-ni* se le antepone *te-tla-* y si el verbo es reflexivo su verbal tomará *ne-*, pero siendo reflexivo y a la vez transitivo, su verbal tendrá *ne-te-* o *ne-tla-*, razón por la cual concluye que “se puede dar esta regla para el verbal que significa instrumento: que se forma de cualquiera impersonal añadiéndole un *-ni*”, incluyendo a los “de los verbos neutros añadiéndoles un *ni*”. Tal como se observa en sus respectivos ejemplos:

*Te-tla-tzacuilti-lo-ni*, instrumento para castigar.

<sup>28</sup> Rincón, *Arte...*, libro III, cap. I, f. 28v.

<sup>29</sup> Carochi, *Arte de la lengua...*, primera parte, libro III, cap. II, f. 45v-46r.



*Te-tla-popolhui-lo-ni*, instrumento con que se perdona, como la confesión, la contrición, la indulgencia, el agua bendita, etcétera.

*Ne-ma-popohua-lo-ni*, instrumento para limpiarse las manos.

*Ne-te-cuitlahui-lo-ni*, instrumento para cuidar de alguno.

*Ne-tla-cuitlahui-lo-ni*, instrumento para cuidar de algo.

De *miqui*, morir, su impersonal *mic-oa* se muere, *mic-oa-ni*, instrumento para morir, como la bebida ponzoñosa.

*Yoli*, vivir, *yoli-hua*, se vive, *yoli-hua-ni*, instrumento para vivir, como del Santísimo se puede decir que da vida eterna.

*Cochi*, dormir, *cochi-hua*, se duerme, *cochi-hua-ni*, instrumento para dormir, como las adormideras.

Para Aldama, los nombres verbales que significan “cosa que sirve de instrumento” simplemente se forman mediante un verbo impersonal y el sufijo *-ni*, pero no aceptan los posesivos, y pone como ejemplos:

*Tla-chihua-lo-ni*, el instrumento.

*Te-pati-lo-ni*, el medicamento.

*Tzahua-lo-ni*, la rueca.

*Te-zo-hua-ni*, la lanceta.

*Mic-oa-ni*, cosa que quita la vida.

*Ne-lpi-lo-ni*, la faja.<sup>30</sup>

Por su parte, Sullivan llama instrumentales a los sustantivos verbales que denotan “el instrumento material o inmaterial con que se ejecuta una acción”, y que se forman del presente del impersonal con el sufijo *-ni*, pero agrega que “los derivados de verbos transitivos se componen con *te-*, *tla-* o *ne-*, sin la forma posesiva”,<sup>31</sup> y pone como ejemplos:

De *tequi tla-*, cortar algo, *tla-tec-o*, *tla-tec-o-ni*: cuchillo con que se corta algo.

De *miqui*, morir, *mic-oa*, *mic-oa-ni*: veneno.

De *atl-i*, beber, *atl-i-hua*, *atl-i-hua-ni*: vasija.

De *copina tla-*, moldear algo, *tla-copina-lo*, *tla-copina-lo-ni*: matriz de fundición.

De *ilnamiqui te-*, acordarse de alguien, *te-ilnamic-o*, *te-ilnamic-o-ni*: recuerdo.

<sup>30</sup> Aldama, *Arte...*, n. 411-413.

<sup>31</sup> Sullivan, *Compendio...*, p. 129.



De itta *mo-*, verse, *m-itt-o*, *ne-itt-o-ni*: espejo.

*Ic mozaloa in tla-zalo-lo-ni*: se pega con pegamento.

*In ticitl in imac tlacati-hua-ni*: la partera quien tenía el parto en sus manos.

Finalmente, Michel Launey consideró que, tal como se vio con los derivados de la voz pasiva, basta con agregar el sufijo *-ni* al impersonal de los verbos intransitivos o transitivos para obtener “un nombre de instrumento que designa lo que permite la realización del proceso”, como en los ejemplos que siguen:

*Ca cochi-hua-ni inin patli*: este medicamento es un somnífero.

*Ca mic-ohua-ni in*: eso es veneno.

*Xicui inon tla-tec-o-ni*: toma ese cuchillo (*tlateco* se cortan cosas, de *tequi*).

*In imac tlacati-hua-ni*: la partera, entre cuyas manos se nace.<sup>32</sup>

### *De los impersonales en -ni*

En primer término, por lo que respecta a las formas que derivan de algún verbo impersonal, ya fue visto que todos los autores coincidieron en que aluden a nombres con los que se denota un instrumento cualquiera, sea como el que describió Olmos, con el “que se ejercita la operación del verbo” o como lo puso Molina, “con que se hace alguna cosa de lo que significa el verbo” o, según Aldama, una “cosa que sirve de instrumento”, o “el instrumento material o inmaterial con el que se ejecuta una acción” como lo concibió Sullivan, o como lo pensó Launey, “un nombre de instrumento que designa lo que permite la realización del proceso”.

Y sobre su formación también hubo acuerdo en que además de los verbales de la voz activa, tanto los de la pasiva como del impersonal derivan del presente del indicativo añadiendo *-ni*. Asimismo, aunque dicho de distinto modo, que si a los derivados de la voz pasiva en *-ni* se les pone alguno de los prefijos *te-*, *tla-* o *ne-*, dejan de ser adjetivos y se hacen nombres, o bien, que basta con agregar el sufijo *-ni* al pasivo y al impersonal de los verbos para obtener un adjetivo en los primeros

<sup>32</sup> Launey, *Introduction...*, lección 16, p. 156-157.



y un nombre de instrumento en los segundos, o finalmente, que la formación de este último es mediante el impersonal de los verbos transitivos o intransitivos con el sufijo *-ni*. En suma, fue de este modo como se describieron desde el siglo XVI formas diversas derivadas de los mismos verbos como los que siguen:

De *tla-tequi*, “corta algo”, cuyo verbal activo es *tla-tequi-ni*, “el que corta alguna cosa”, se derivan el pasivo *tec-o*, “es cortado”, y el impersonal *tla-tec-o*, “se corta algo”. Y a partir de uno y otro se forman tanto el verbal pasivo *tec-o-ni*, “lo que puede cortarse”, como el impersonal *tla-tec-o-ni*, “el medio para cortarlo”.

De *te-huitequi*, “azota a alguien”, cuyo verbal activo es *te-huitequi-ni*, “el que azota a alguien”, se derivan el pasivo *huitec-o*, “es azotado”, y el impersonal *te-huitec-o*, “se azota a alguien”. Y a partir de éstos se forman tanto el verbal pasivo *huitec-o-ni*, “digno de ser azotado”, como el impersonal *te-huitec-o-ni*, “el medio para azotarlo”.

De *te-itta*, “ve a otro”, cuyo verbal activo es *te-itta-ni*, “el que mira a otro”, se derivan el pasivo *itto*, “es visto”, y el verbal *itta-lo-ni* o *itt-o-ni*, “lo que se torna visible”. Y de *mo-tta*, “verse”, se forman el pasivo *m-itt-o*, “se pone a la vista”, y el impersonal *ne-itt-o-ni*, “el medio para mirarse”.

De *cochi*, “duerme”, cuyo verbal activo es *cochi-ni*, “el que duerme”, se derivan el impersonal *cochi-hua*, “se duerme”, y el verbal *cochi-hua-ni*, “el medio para dormir”.

Las relaciones sucesivas entre las diferentes formas de derivación verbal, todas ellas con *-ni*, ponen nuevamente al descubierto que así como el sujeto de la voz activa es el que realiza la acción del verbo y el de la pasiva el que la recibe aunque sea también el que la provoca, de manera semejante en la acción impersonal es tácitamente el que la recibe aunque al mismo tiempo sea el que la hace efectiva. Pero al ser de este modo puede decirse que en la forma pasiva el *sujeto* se convierte tanto en el *objeto* como en la *condición* de determinada actividad, mientras que en la del impersonal se convierte tanto en *receptor* como en el *medio* de la acción y por consiguiente en su inmediato ejecutor.



Sin embargo, no obstante la relativa semejanza que como receptores de la acción guardan entre sí el sujeto de la voz pasiva y el del impersonal, deben mencionarse algunos de los aspectos que los hacen distintos, sobre todo cuando vemos que el primero se presenta como cualquier otro objeto de trabajo en el que realmente se incorpora la acción aunque ésta haya sido provocada por el carácter social del mismo objeto, mientras que el segundo no aparece precisamente como objeto de transformación por el trabajo sino como uno muy distinto que, en virtud de sus propiedades naturales o humanamente producidas, sirve sólo para encauzar la acción hacia un fin determinado por el sujeto.

Debe quedar claro que la distinción de los elementos con los que se realiza el trabajo depende de la función y del lugar que ocupan en el proceso mismo. Es así que desde la más remota antigüedad, entre los medios de trabajo destacan los propios órganos corporales de quien separa de su entorno natural los objetos que como las frutas, verduras o algunos insectos, considera listos ya para el consumo individual y que, por la misma razón, son también medios de su propia subsistencia. Pero si la misma persona recoge piedras o palos de la tierra y los utiliza para golpear o derribar animales o frutas, la tierra sigue siendo objeto y medio general de sus acciones y los palos o piedras los instrumentos particulares para dicha actividad.

En suma, es siempre a través de un *medio* de trabajo como la actividad humana efectúa en un *objeto* cierta modificación previamente concebida hasta transformarlo en un *producto* que, en cuanto resultado y según sus propiedades adquiridas en el proceso anterior y el objetivo que se tenga, puede servir de *objeto* para el consumo individual, como es el caso de los alimentos preparados, o acaso ingresar a un nuevo proceso en tanto *objeto* que es ya *materia prima*, como la madera que se obtuvo del árbol y que ahora es transformada en *medios* como son los escudos, asientos o palancas, pero también en tanto *materia auxiliar* que, como la madera encendida, aunque no se incorpora como tal al objeto, su calor es necesario para la elaboración de algún alimento o de objetos cerámicos o de metal. Es claro entonces que a partir de cierto desarrollo de un sistema social de producción determinado, el proceso de trabajo



requiere cada vez más de medios y objetos de trabajo producidos por el trabajo mismo.<sup>33</sup>

Y dado que cualquier instrumento es aquello que tan pronto como recibe determinada acción la encauza e incorpora al objeto de la misma, es obvio que su conformación objetiva dependa tanto de la acción específica que trasmite, como de la naturaleza del objeto al que la aplica. Dicho de manera concreta, si en el nombre que define al instrumento aparece el verbo *huitequi*, que ha sido ya traducido como *azotar*, *apalear*, *hostigar*, *castigar*, *golpear* o *escoplear*, es por demás evidente que aquello que encauza cada una de tales acciones cambie de forma según se dirijan a las personas o a las cosas, como *tehuiteconi* en el primer caso y *tlahuiteconi* en el segundo. Pero además, en cualquiera de ambos casos los mismos medios pueden ser de origen natural, como son las varas, los palos o las piedras, aunque también y con mayor frecuencia sean objetos previamente elaborados, como los cordeles ya adecuados para el castigo personal, las piedras labradas para trabajos en madera o en piedra, o la varilla o paja gruesa y dura para tupir y apretar el tejido.<sup>34</sup>

La diversidad de medios y objetos la advirtió Molina en los avisos cuarto y quinto de su primer vocabulario cuando expuso que existen nombres con muchos significados (*tocaitl miec inezcayo*), aunque también muchos nombres que significan una sola cosa (*miec tocaïtl zan centlamantli quinezcayotia*). Y en efecto, sobre lo primero ya vimos cómo en cada uno de los nombres derivados de *huitequi* se descubren tantos medios de distinta índole cuantos objetos correspondan a su acción. Y sobre lo segundo está el nombre *iquitihualoni*, derivado de *iquiti*, “teje”, del que solamente puede surgir la imagen de un telar, que no es sino el instrumento para tejer, o como el de *tzahualoni*, derivado de *tzahua*, “hila”, que no es más que el huso o *malacatl*.

Pero también existen verbales para cuya versión se pensó más en los medios europeos que en los propiamente nahuas, tal como sucedió con el de *tlacuïloloni*, que no fue sino el medio para dibujar, pintar o colorear, como pudo ser la escudilla de colores con la que pintan (*tla-*

<sup>33</sup> Para una información más precisa véase en Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, libro I, cap. V.

<sup>34</sup> Véase *tezacatl* en Alonso Molina, *Vocabulario en la lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, y en Sahagún, *Manuscrito...*, libro VIII, cap. 6, f. 31v.

*palcaxitl inic quicuilloa*),<sup>35</sup> aunque Molina lo haya visto como la “péndola o péñola” con la que él estaba redactando su vocabulario. No obstante, en otras ocasiones la traducción de estos nombres resultó ser más bien confusa y complicada como el caso de *tetocayotiloni* que según Molina significa simplemente el “nombre” o el “nombre puesto a otro”, y que en realidad se refiere a un nombre, pero uno que no deviene de *tocaitl* sino de *tocayotl*, por medio del cual se llama, registra y enaltece (*tocayotia*) a determinada persona para distinguirla de las demás.

Y por lo que respecta a los nombres dados a los órganos o partes del cuerpo humano que en cuanto medios desempeñan las funciones que el propio organismo necesita y determina, es claro que el ápice de la lengua sea el medio con el que una persona degusta (*tlapaloloni*) puesto que es el que lame y prueba las cosas (*tlapaloa*),<sup>36</sup> o que los incisivos sirvan no sólo para morder y adentellar lo que el individuo requiere (*tlquetzomaloni*, *tlatetexoloni*), sino que se transforman en medios para silbar por ser silbadores, o para pronunciar por ser ellos los que pronuncian o declaran algo (*tlanquiquixoni*, *tlanquiquixoani*, *tlatenquixtiloni*, *tlatenquixtiani*).<sup>37</sup>

Sin embargo, una vez incluidos en algún proceso de trabajo, los órganos humanos obviamente continúan siendo lo que son pero convertidos ahora en instrumentos de la actividad que realiza el individuo que trabaja sobre un objeto extraño a su propia corporeidad. Un ejemplo de lo dicho está en el nombre verbal incluido al final de la expresión: *in ticitl*, *in imac tlacatihuani* que, por derivar de *tlacati*, “nace”, señala que el medio para que esto acontezca es sólo la habilidad que la partera tiene en sus manos o bien, como lo explica Sahagún, que con sus manos “apareja a las mujeres preñadas para que paran con facilidad y las partea”.<sup>38</sup>

Los órganos corporales de la partera comprueban una vez más que la conformación específica de un medio de trabajo depende de la acción

<sup>35</sup> Sahagún, *Manuscrito...*, libro IX, cap. 20, f. 61v.

<sup>36</sup> Véase el texto en *ibidem*, libro X, cap. 27, párr. 4, f. 77r, y la versión de López Austin en *Cuerpo humano...*, v. 2, p. 32 y 97.

<sup>37</sup> El texto en *Ibidem*, libro X, cap. 27, párr. 5, f. 78v, y la versión de López Austin en *Cuerpo humano...*, v. 2, p. 34 y 100.

<sup>38</sup> Sahagún, *Manuscrito...*, libro VI, cap. 27, f. 130v y cap. 28, f. 137r. Véanse las versiones de Sullivan en *Compendio...*, p. 129, y de Launey en *Introduction...*, lección 16.

que trasmite y del objeto que la recibe. En efecto, si de modo general se dice que las manos o brazos (*maitl*) trabajan en algo y que al hacerlo palpan y ciñen ciertas cosas (*tlatequipanoa*, *tlamatoca*, *tlatzitzquia*),<sup>39</sup> es claro entonces que la partera aplique esas mismas acciones a la mujer parturienta por medio de sus manos, cuya habilidad proviene de su práctica reiterada y por supuesto, también reflexiva puesto que los sesos, masa o meollos de su cabeza (*cuatextli*), son los propios medios que le permiten recordar y conocer las cosas (*tlalnamiconi*, *tlamachoni*).<sup>40</sup>

Pero además de las manos, es por demás lógico que en su trabajo la partera utilice sus propios dedos (*mapilli*), dado que de modo general se afirma que hacen cosas, que trabajan en ellas (*tlaai*, *tlatequipanoa*), y que siendo tantas sus posibilidades son hacedores de todo (*ixquich ihue-li*, *moch aini*), y que por ello pueden hacer todo lo que sea factible, todo lo que sea digno de algún trabajo (*muchi huel quichihua*, *in chihualoni*, *in tequipanoloni*).<sup>41</sup>

### *La posesión de los medios impersonales*

Ya fue visto que según Andrés de Olmos, los nombres derivados del impersonal de los verbos que significan el instrumento con que se ejerce la operación del verbo, “no se pueden juntar con los pronombres *no-*, *mo-* *i-*, pero para decir mi tal instrumento anteponen los dichos pronombres al pretérito imperfecto de la activa”, como en los ejemplos que pone:

*Tlateconi*, instrumento con que cortan.

*Notlatequia*, mi tal instrumento con que corto.<sup>42</sup>

<sup>39</sup> El texto en Sahagún, *Manuscrito...*, libro X, cap. 27, párr. 8, f. 81r, y la versión de Alfredo López Austin en *Cuerpo humano e ideología*, v. 2, p. 40 y 105.

<sup>40</sup> El texto en Sahagún, *Manuscrito...*, libro X, cap. 27, párr. 12, f. 90r, y la versión de López Austin en *Cuerpo humano...*, v. 2, p. 57 y 122.

<sup>41</sup> El texto en Sahagún, *Manuscrito...*, libro X, cap. 27, párr. 8, f. 82v, y la versión de López Austin en *Cuerpo humano...*, v. 2, p. 42 y 107.

<sup>42</sup> Olmos, *Arte para aprender*, libro I, cap. IX, p. 45,

Por su parte, Alonso de Molina refiere que los verbales que significan el instrumento pueden tomar los pronombres posesivos siempre y cuando cambien su forma y tomen “la del pretérito imperfecto del indicativo modo de la voz activa”, y da como ejemplos los mismos de Olmos pero con un cierto cambio en sus sentidos:

*Tlateconi*, el hacha.

*Notlatequia*, mi hacha.

Más adelante fray Alonso aclara que en virtud de que estos mismos verbales del pretérito imperfecto tienen la significación activa, como por ejemplo “*notetlazotlaya*, el amor con que yo amo a otro o a otros, entonces significan lo mismo que los acabados en *-liztli*” con el mismo objeto. “De manera que *notetlazotlaya* y *notetlazotlaliz* significan una misma cosa, pues ambos a dos nombres significan el amor con que yo amo a alguno o a algunos”.<sup>43</sup>

Para Antonio del Rincón los verbales acabados en *-ya* o en *-ia*, consonante o vocal, significan instrumento y “son las terceras personas del pretérito imperfecto del indicativo, anteponiéndoles siempre los genitivos, y si fueren verbos transitivos, una de las tres partículas *te-*, *tla-* o *ne-*”, como por ejemplo:

*Notlanequia*, mi medio de querer.

*Nociaya*, mi medio de consentir.<sup>44</sup>

De manera similar, Horacio Carochi refiere que los nombres verbales que significan instrumento, pero que forzosamente piden los pronombres de posesión, “formanse de la tercera persona del pretérito imperfecto, sin quitar ni poner, con *te-* o *tla-* si el verbo fuere activo y con *ne-* si fuere reflexivo”, tal como lo describe en las siguientes formas:

De *nitlatequi*, yo corto algo, la tercera persona del pretérito imperfecto es *tlatequia*, y *notlatequia* es el instrumento con que yo corto algo, mi cuchillo, mi hacha.

<sup>43</sup> Molina, *Arte...*, f. 14r y 15v.

<sup>44</sup> Rincón, *Arte...*, libro III, cap. 1, f. 31r.



De *nequi*, querer, se forma *notlanequia*, mi voluntad con que quiero algo.  
De *itta*, ver, y con el *tla-*, *nitlatta*, veo algo, resulta *notlattaya*, mi vista, mi potencia visual.  
De *inecui*, oler, *nitlanecui*, oler algo, *notlanecuiya*, mi olfato.  
De *tlachia*, mirar, *notlachiaya*, lo mismo que *notlattaya*.  
De *cia*, consentir, *nociaya* que viene a ser la voluntad con que uno consiente.  
De *ninotlaquechia*, sustentome sobre un bordón o muleta, *nonetlaquechiaya*, mi bordón o muleta.<sup>45</sup>

También Joseph Augustín Aldama y Guevara afirma que los nombres verbales que “derivan del pretérito imperfecto son sinónimos de los del impersonal con *-ni*, salvo que éstos no pueden estar compuestos con los pronombres posesivos mientras que aquellos deben llevarlos siempre”, y pone como ejemplos las siguientes formaciones:

De *chihua*, *notlachihuaya*, mi instrumento.  
De *tlehuatza*, *motlehuatzaya*, tu asador o instrumento con que se asa.  
De *nacatlehuatza*, *monacatlehuatzaya*, tu asador de la carne, esto es, con que se asa la carne.  
De *nequi*, *amotlanequia*, vuestra voluntad o albedrío, que es lo que sirve como instrumento para querer la cosa.  
De *patia*, *notepatiaya*, mi medicamento, o bien, *itepatiaya in panamacani*, medicamento del boticario.

Pero enseguida aclara Aldama que si se usan dichos verbales con los reflexivos, no tendrán *te-* ni *tla-*, sino sólo *ne-*, y es así que “cuando digo mi medicamento y quiero significar el medio con que me curo, no diré *notepatiaya* sino *nonepatiaya*, pero si sólo quiero significar que el medicamento es mío como el boticario tiene en su poder los suyos, no diré *nonepatiaya* sino *notepatiaya*”.<sup>46</sup>

Thelma D. Sullivan afirma que los verbales que “añaden el sufijo *-ya* al presente del indicativo y anteponen el prefijo nominal” tienen el mismo significado que los sustantivos que derivan del impersonal y que terminan en *-ni*, ya que ambos denotan “el instrumento con que se ejecuta la acción del verbo”, y proporciona los siguientes ejemplos:

<sup>45</sup> Carochi, *Arte...*, libro III, cap. 6, f. 49v-50r.

<sup>46</sup> Aldama, *Arte...*, n. 416.



*Notecuaya*, mi ferocidad.

*Moteminaya*, tu dardo, instrumento para flechar gente.

*Ipolihuia*, su destrucción.

*Totlachiaya*, nuestra vista.

*Innepatiaya*, su medicina, su remedio (de ellos).<sup>47</sup>

Finalmente, Michel Launey declara de manera sucinta que “los nombres de instrumento tienen una forma de posesión que es homónima del imperfecto activo correspondiente: en la base 1 activa tenemos un sufijo *-ya* (sin *-uh*) y los prefijos posesivos ordinarios”, tal como en los ejemplos que siguen.

*Conic in imiquiya*, se tragó su veneno.

*Xicui in notlatequiya*, toma mi cuchillo.

*Tocochiya*, literalmente, aquello con lo que dormimos, nuestro instrumento para dormir, designa los párpados.

*Tatliya*, nuestro instrumento para beber, es decir, el bigote.<sup>48</sup>

El análisis de las notas y ejemplos anteriores pone de manifiesto no sólo la uniforme y clara descripción de los verbales poseídos, sino también algunas dudas e imprecisiones que surgen cuando se establece la relación entre los nombres que derivan de un determinado verbo impersonal en *-ni* y los que refieren su posesión mediante la voz activa de ese mismo verbo pero con el sufijo *-ya*. En consecuencia es necesario mostrar y en lo posible aclarar el problema que implica el carácter indeterminado del sufijo de los verbales poseídos, pero también la supuesta igualdad entre los significados básicos de estos últimos y los del impersonal en *-ni*, además de la indiferencia que según Molina se dio entre los nombres poseídos que terminan en *-ya* y los también poseídos pero que terminan en *-litzli*.

Por lo que respecta al sufijo *-ya*, debe señalarse que mientras los autores de la época novohispana coincidieron en que se trataba del mismo utilizado en el pretérito imperfecto de la voz activa “sin quitar ni poner [nada]” como lo reafirmó Carochi, luego de mucho tiempo Sulli-

<sup>47</sup> Sullivan, *Compendio...*, p. 134-135.

<sup>48</sup> Launey, *Introduction...*, lección 16, párr. 8 y lección 17, nota 7.



van lo enunció tan sólo como un sufijo instrumental y Launey explicó que no es más que una forma que se pronuncia y escribe de igual manera que la del pretérito imperfecto pero que difiere por no requerir del sufijo complementario *-uh* a pesar del prefijo posesivo que lleva, además de que los verbos derivados de adjetivos en *-c* aparecen con el mismo sufijo *-ya* y que pueden conjugarse en todos los tiempos.<sup>49</sup> En suma, si el sufijo *-ya* fue para los primeros autores el mismo del imperfecto, los de nuestra época lo negaron y consideraron tan sólo como uno instrumental o bien, que es solamente un homónimo del que llevan los verbos del imperfecto y de los que se derivan de los adjetivos en *-c*.

Ante el dilema que implican los argumentos dados sobre el origen del sufijo *-ya* y de los sentidos que aporta a los nombres de instrumento con posesivos, podría afirmarse que la única certidumbre que se tiene al respecto es que sólo por la significación que se dio a estas formas verbales en los artes y vocabularios nahuas durante los primeros años del periodo novohispano es que hasta ahora se traduzcan simplemente como el instrumento que es poseído por quien realiza la acción que refiere el verbo.

No obstante, puesto que en la práctica social es siempre a través de algún medio como se efectúa la actividad humana y que el pretérito imperfecto expresa una acción anterior que además de ser continua suele realizarse a la par que otra en el pasado, podría suponerse, por ejemplo, que si alguna persona estuvo comiendo algo (*tlacuaya*), es por demás obvio que esto hacía mediante sus órganos corporales o con la ayuda de algún cuchillo o de otros utensilios y que, de manera consecuente, al referirse luego a esa misma acción, diga que el instrumento que estuvo usando para comer es suyo (*i-tla-cua-ya*), implicando así una forma más de apropiación de los medios del trabajo.

De ser esto así, y tomando como punto de partida los diversos ejemplos empleados con mayor frecuencia por los autores de los primeros textos, artes y vocabularios, veamos los derivados del verbo *tequi*, “corta”, para mostrar no sólo la distinta significación que a cada una de las tres formas verbales con *-ni* corresponde de manera lógica y consecuente, sino más que nada el peculiar traslado del verbo im-

<sup>49</sup> Véase en Launey, *Introduction...*, lección 29.

personal a la forma activa del pretérito imperfecto con su respectivo poseedor:

1) De la forma activa *tila-tequi*, “corta algo”, deriva el verbal de presente *tila-tequi-ni*, “el que corta alguna cosa”, pero también el de pretérito perfecto *tila-tec-qui*, “el que la cortó”. Dicho de otro modo, que mientras que el primer término describe un trabajo en pleno movimiento, que no es más que el del sujeto que lo proyecta e incorpora a determinado objeto, el segundo habla de un trabajo que ya no existe por la sencilla razón de que el sujeto ha transformado ya a su objeto en un producto, a sí mismo en un productor y a su propia actividad en productiva.

2) De la forma pasiva *tec-o*, “es cortado”, deriva el verbal pasivo *tec-o-ni*, “lo que puede o permite ser cortado”. Es decir, aquello que, como sujeto, tiene la capacidad de transformarse tanto en el objeto receptor de aquella actividad como en la condición para que la misma se realice.

3) De la forma impersonal *tila-tec-o*, “se cortan cosas”, deriva *tila-tec-o-ni*, que no es sino “el medio para cortarlas”, es decir, que de modo similar al de la pasiva, es aquello que tan pronto como recibe dicha acción la deja deslizarse para trasladarla al objeto señalado. Pero en el siguiente paso parece ser sólo de la voz activa del pretérito imperfecto con posesivo como puede entenderse que la forma verbal *i-tila-tequi-ya* denote, básicamente y de modo similar al del impersonal, aquello que habiendo servido para cortar cosas, ahora puede ser considerado como el mismo medio ya usado por el sujeto que lo posee.

En efecto, acerca de los significados que desde los primeros años novohispanos se dijo que compartían los verbales del impersonal y de los posesivos que a ellos corresponden sólo cabe agregar que, ciertamente, ambas formas denotan los mismos instrumentos, aunque en uno esté ausente la mención de quien los usa, mientras que en el otro esté explícitamente señalado. Pero aun siendo así, algunos autores confundieron el carácter general de los medios descritos en ambas formas con el singular que entrañan los mismos según la acción que transmiten y la naturaleza del objeto al que la dirigen, además de que en no pocas ocasiones aparecen bajo las formas absolutas



de ciertos nombres simples que aluden a objetos específicos usados como medios del trabajo.

Para despejar el problema tomemos como punto de partida el hecho de que Olmos, luego de explicar los pormenores de una y otra formas, propuso con toda certidumbre sus respectivos significados: “*tlateconi*, el instrumento con que cortan”, y “*notlatequia*, mi tal instrumento con que corto”. Sin embargo, con el transcurso del tiempo los mismos términos significaron para Molina, uno “el hacha” y el otro “mi hacha”, mientras que Launey los tradujo como “el cuchillo” y “mi cuchillo”, en tanto que Carochi incluyó las tres opciones al decir que “*notlatequia* es el instrumento con que yo corto algo”, esto es, “mi cuchillo, mi hacha”.

Con tan sólo estos ejemplos queda al descubierto que no obstante que las versiones dadas a *tlateconi* o el instrumento “con que cortan” y a *notlatequia* “con el que corto” sean en verdad correctas, se pasó por alto que ese mismo medio podría ser no sólo el cuchillo (*tecpatl*) para tajar carne o el hacha de metal (*tepoztlī*) para labrar madera, sino algunos otros que, como las navajas (*itztlī*) para el corte de pelo, o los dientes (*tlantlī*) para obtener porciones de lo que se come, fueron también formas específicas de los instrumentos usados generalmente para cortar cosas y que para referirse a ellos de manera concreta, sus nombres pueden recibir los posesivos de un modo regular.

Y algo similar aconteció con las derivaciones de *cochi*, “duerme”, de cuya forma impersonal *cochi-hua*, “se duerme”, devino el verbal *cochi-hua-ni*, que por significar “el medio para dormir” también se le tradujo como la planta conocida como “adormidera” o como algún otro “somniafero”, pero que al aparecer con algún prefijo posesivo, *to-cochi-ya* resultó ser, no sólo aquello con lo que hemos podido dormir, sino las pestañas, los párpados o las ropas con las que acostumbramos dormir los hombres y las mujeres.<sup>50</sup>

Finalmente, sobre la igualdad de significados que según Molina se dio entre los verbales poseídos *no-te-tlazotla-ya* y *no-te-tlazotla-liz*, que tradujo “ambos a dos, como el amor con que yo amo a alguno o algunos”, sólo cabe precisar que en virtud de que el primero denota el *medio con el que he amado* a la gente, mientras que el segundo se refiere tan sólo

<sup>50</sup> Véase en Sahagún, *Manuscrito...*, libro VIII, cap. 17, párr. 6, f. 42v.



a la *acción de amar* que dirijo a alguien, es por demás clara la diferencia entre ambas formas a pesar de que Molina acertara en la primera al tomar “el amor” como un medio, lo cual resulta contrario a lo que Sullivan implicó con sólo haber traducido *ipolihuia* como “su destrucción”, es decir, tomando la *acción* de perderse o destruirse en vez del *medio* que el sujeto había empleado para lograr su perdición.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS